

¡QUE EMPIECE EL ESPECTÁCULO!

Transcurría el año 264 a.C. cuando se organizó en Roma el primer combate de gladiadores (tres parejas de esclavos). Tiempo después, en el 186 a.C., tenía lugar la primera cacería (**venatio**) en el anfiteatro. Nada presagiaba que estos espectáculos se convertirían poco a poco en las carnicerías que acabaron siendo: en una sola jornada de juegos podían morir cientos de personas y animales. La sangre y las aberraciones de todo tipo se convirtieron en moneda común y en algo cada vez más demandado por un público insaciable, siempre ávido de sensaciones fuertes.

Magistrados y emperadores organizaban con su dinero los juegos públicos (**ludi stati**), espectáculos gratuitos que servían para ganarse a la plebe. Los más antiguos fueron las carreras de carros del circo (**ludi circenses**), por las que los romanos sentían una pasión que rayaba en la locura. Algunos de los edificios que se construyeron para albergarlas llegaron a ser colosales. Un claro ejemplo lo constituye el Circo Máximo de Roma, que en el siglo IV tenía capacidad para ¡380.000 espectadores!

Todo romano era un apasionado seguidor de alguno de los equipos que competían (**factiones**). A lo largo del Imperio, el verde y el azul fueron los favoritos en Roma y era tal la rivalidad entre sus seguidores enfrentados (muchos se vestían del color de su equipo para ser fácilmente reconocibles), que se producían auténticos estallidos de violencia.

La carrera iba precedida de un desfile (**pompa**) encabezado por el magistrado que ofrecía los juegos (**editor**). Los carros eran arrastrados generalmente por cuatro caballos (**cuadrigas**), aunque también por dos o por tres. Cuando el editor daba la salida lanzando a la pista una tela blanca (**mappa**), los caballos salían disparados y un griterío ensordecedor se apoderaba de todo el circo. Hasta ese momento no quedaban cerradas las últimas apuestas.

El **auriga** o conductor, que solía ser un esclavo, se protegía la cabeza con un yelmo de metal. Con una mano manejaba las riendas, que también llevaba atadas a la cintura, mientras portaba la justa en la otra. Alternaban carreras al galope y al trote, pero ambas resultaban muy duras. Los participantes tenían que dar siete vueltas a la **spina**, un muro de poca altura de 340 metros de longitud dispuesto en el centro de la pista y adornado con estatuas y otros elementos arquitectónicos. Desde el primer instante emprendían una lucha feroz por conseguir las mejores posiciones: se cruzaban las trayectorias de los carros y el giro en las curvas se convertía en el momento más peligroso, ya que solían producirse aparatosos accidentes. Conforme se acercaba el final, la carrera se aceleraba; los cocheros corrían rueda contra rueda e intentaban derribar a sus adversarios. Si un auriga caía, debía cortar rápidamente las riendas con el cuchillo que llevaba al efecto en la cintura, pues se exponía a que lo arrastraran por todo el circo.

Una línea blanca frente a la tribuna de honor señalaba la meta; a la llegada del primer carro, el juez alzaba una tela con el color del equipo vencedor y anunciaba el nombre de su mejor caballo (**funalis**) y el del auriga correspondiente. Éste era considerado como un auténtico héroe y algunos llegaban a adquirir gran fama y a amasar verdaderas fortunas. Fue el caso del hispano Diocles, que en época de Trajano y Adriano venció en 1462 carreras y ganó 35 millones de sestercios.

También se apreciaban mucho las luchas de gladiadores (**ludi gladiatorii**), las cacerías, los enfrentamientos de animales y las naumaquias (combates navales). Se celebraban en anfiteatros, siendo el más grande de todos el Coliseo de Roma, con capacidad para unos 50.000 espectadores. El día que había juegos, la ciudad quedaba desierta, por lo que se tuvo que establecer un sistema de vigilancia para evitar que los ladrones disfrutaran de una excesiva libertad de movimientos.

En las luchas de gladiadores había combatientes de diversas clases: samnita, secutor, reciario, tracio... que ponían en juego sus tácticas particulares. En su mayoría se trataba de esclavos o prisioneros de guerra que eran entrenados duramente en cuarteles. Ante la expectación que causaban, el número de combates aumentaba constantemente. Famoso fue el ofrecido por Augusto: en ocho días intervinieron 10.000 gladiadores y, a medida que avanzaba el combate, los esclavos apilaban los cadáveres y renovaban la arena empapada de sangre del anfiteatro. Un espectáculo espeluznante.

El empresario (**lanista**) proporcionaba al organizador de los juegos los luchadores y los animales para el espectáculo. Un gran revuelo se apoderaba de las gradas cuando salían los gladiadores: hombres musculosos y llamativamente ataviados, adiestrados para matar o morir dignamente. Llegados ante el palco imperial, presentaban armas y gritaban al unísono el tan famoso y premonitorio: "¡Ave César, los que van a morir te saludan!" Se sorteaban las parejas que iban a combatir, se examinaban las armas y se realizaban ejercicios de calentamiento.

El estridente sonido de las trompetas anunciaba el inicio de la lucha. Desde el primer momento el

gentío, deseoso de ver sangre, chillaba, insultaba y aconsejaba a los contendientes, quienes debían medir muy bien sus fuerzas pues se jugaban la vida en cada movimiento; cualquier paso en falso podía significar el final. El **editor** decidía la suerte del vencido: si había luchado valientemente le podía conceder el perdón; pero el puño cerrado con el pulgar extendido hacia abajo (**pollice verso**) era la inequívoca señal para el vencedor de que debía rematar a su oponente. Con la muchedumbre gritando: **iugula!**, le hundía su espada en el cuello y el cuerpo se desplomaba a sus pies. Inmediatamente salía otra pareja de gladiadores: sangre nueva.

El entusiasmo del público desembocaba muchas veces en auténticas batallas campales, como ocurrió en Pompeya; las increpaciones de pompeyanos contra sus vecinos de Nuceria provocaron una multitudinaria refriega que dejó algunos muertos. Indignado, Nerón castigó a los pompeyanos con la clausura de los **ludi** durante 10 años desde el 59 d.C., aunque él mismo participaba a menudo de este tipo de escaramuzas.

Efectivamente, algunos emperadores, animados por la fama que adquirirían ciertos luchadores, se lanzaron a la arena, aunque sus combates estaban amañados. El propio Nerón mató en cierta ocasión un león al que previamente le habían limado los dientes y suprimido las garras. El público hacía la vista gorda y aplaudía. Y el emperador Cómodo armaba a sus adversarios con espadas de plomo blando que se doblaban fácilmente. Consiguió así un gran número de victorias, hasta que fue estrangulado por un luchador previamente reclutado por un grupo de conspiradores.

En el anfiteatro también se ofrecían cacerías y luchas entre animales que duraban varias jornadas, pues se necesitaba tiempo para matar a los cientos e incluso millares que desfilaban por la arena. Llegaban de todas partes del Imperio, aunque África fue el máximo proveedor durante siete siglos; era tal la cantidad de animales que se sacrificaban, que en algunas zonas se extinguieron varias especies. Con Nerón se sacrificaron 400 osos y 300 leones en una sola jornada, mientras que en los cien días que duraron los juegos ofrecidos por Tito para la inauguración del Coliseo (año 80 d.C.) murieron 5.000 bestias y centenares de gladiadores.

Para dar mayor espectacularidad a los combates entre diferentes especies de animales (rinocerontes contra toros, elefantes contra osos...), se les sujetaba por parejas a los extremos de una cadena. Al tratar de liberarse, acababan descuartizándose, quedando ambos en tan mal estado que debían ser rematados. Las fieras también fueron instrumento de ejecución para los condenados **ad bestias**, procedimiento que no sólo se aplicaba a los cristianos. En sus comienzos, se ataba a las víctimas a un poste, aunque posteriormente se les permitía que portaran algún arma pequeña, lo que no les valía de nada e incluso prolongaba su angustia. En el colmo de la perversión, se impuso la moda de representar dramas mitológicos, con pequeñas modificaciones para que resultaran más espectaculares y tuvieran un final sangriento y cruel. Como por ejemplo el de Pasífae, en el que una mujer condenada llegó a ser poseída por un toro.

Cuando la infraestructura de un anfiteatro lo permitía (se necesitaba un complicado sistema para inundar de agua la arena), también se organizaban en él representaciones de batallas navales famosas (naumaquias), aunque lo normal era que se celebraran en gigantescos estanques construidos **ex profeso**, como el que hizo excavar el emperador Augusto, de casi dos Km. de perímetro y donde llegaron a luchar hasta 3.000 hombres a la vez a bordo de decenas de barcos a tamaño real. En cualquier caso, el coste de estos espectáculos resultaba tan elevado que se dejaron de celebrar en el siglo I.

El teatro (**ludi scaenici**) resultaba bastante menos popular en comparación con el circo y el anfiteatro. Las tragedias y comedias griegas eran apreciadas sobre todo entre las clases cultas, cuyas representaciones no permitían mujeres en escena, por lo que los actores usaban máscaras que identificaban a sus personajes. Pero el pueblo llano prefería otras variantes, como el mimo (con partes habladas y mujeres) o la pantomima (interpretada con mímica), muy estimadas a partir del siglo I a.C. Con el tiempo se fueron haciendo más vulgares, e incluso llegaron a morir actores en escena. En la obra **Laureolus** (el protagonista era un ladrón y asesino al que condenaban a muerte; en ese momento culminante, el actor lo sustituía a veces un condenado de verdad que fallecía en escena tras terribles dolores. También había desnudos e incluso se llegó a lo pornográfico cuando Heliogábalo ordenó que todo lo que se representara fuera real, acto sexual incluido).

Los actores (esclavos y libertos), igual que aurigas y gladiadores, tenían sus partidarios, que acababan por pelearse entre sí. Pero, a veces, los tumultos se iniciaban porque se obsequiaba a los espectadores con regalos; para hacerse con ellos se producían pisotones, puñetazos y auténticas desbandadas.

Llegó un momento en que la gente acudía al teatro a todo menos a guardar silencio, haciendo cada vez más insostenible la situación, a lo que también contribuyó algún emperador. Nerón se presentaba en

secreto y presenciaba e incluso estimulaba las riñas entre el público. Un día la cosa derivó en pedradas y él mismo participó en la riña, arrojando contra el público todo tipo de objetos.

Una vez más, el romano daba muestras de sus gustos: jolgorio, obscenidades, escenografía aparatosa y sangre, reflejo de una sociedad ociosa y mal acostumbrada, a la que sólo preocupaba el **panem et circenses**. Pero los **ludi** tenían sus días contados: la última **venatio** del Coliseo se ofreció en el año 523 y los juegos de gladiadores se prohibieron ya en el 438. Las matanzas gratuitas habían terminado.

Cuando no había espectáculos públicos, el romano pasaba sus ratos de ocio practicando diversos juegos, algunos de los cuales han sobrevivido hasta hoy casi sin modificaciones. Había una gran variedad, tanto infantiles como para adultos. Entre otros, cabe mencionar las tres en reya; la **micatio** -alzaban la mano con una serie de dedos levantados y tenían que acertar la suma total-; el par/impar -se podía jugar con almendras, nueces, huesos pequeños o monedas-; el **latrunculi** -combinación de dados y fichas con reglas similares a las damas-; o el cara o cruz (**caput/navia**) -se lanza una moneda al aire-. Pero los más apreciados entre los adultos eran los dados y las tabas. Además de para pasar el tiempo, se aprovechaban para realizar importantes apuestas -a las que eran muy dados los romanos-, tanto de bienes como de dinero. Y no siempre se jugaba limpio, pues se han descubierto dados cargados. Estos juegos de azar acabaron por prohibirse en Roma, aunque se siguieron practicando en banquetes privados donde los ricos se jugaban cantidades astronómicas de dinero, propiedades, etc. Algunos llegaban a perderlo todo. En una sola noche, al propio Augusto le levantaron 20.000 sestercios y Nerón acostumbraba a apostar 400 sestercios en cada jugada.

Los juegos de mesa se improvisaban en cualquier lugar y, cómo no, también en la calle. Así, solían grabar tableros (**tabulae lusoriae**) en el suelo de los edificios públicos. El ambiente de las timbas con apuestas debía ser muy animado, hasta el punto que en muchas ocasiones derivaba en riñas.

También existían juegos de pelota en los que variaba el número de participantes y las reglas. En un principio se jugaba al aire libre, pero en época imperial comenzaron a celebrarse en lugares cerrados. Los esclavos lo hacían en la calle, mientras que los ricos tenían canchas particulares. Se llegaron a crear equipos de jugadores de pelota, haciéndose algunos de ellos profesionales.

Los niños practicaban juegos como la gallinita ciega, el escondite, el aro, la peonza, los **lapilli** -guijarros lanzados al aire que había que recoger con habilidad-, la pelota... Pero lo que más les gustaba eran los juegos de imitación, como hacer de gladiadores, de reyes y personajes de otro tiempo, y los juegos de los oficios, siendo el preferido el de construir cabañas. Las niñas por su parte jugaban con muñecas, generalmente de trapo, que ofrecían a la diosa Venus antes de casarse, a partir de los 12 años, como símbolo de su entrada a la edad adulta. Los niños eran adultos a partir de los 16, cambiando la toga **praetexta** por la **virilis**.